La desocupación y subocupación en las ciudades mexicanas, 2013 y 2017

Rubén Almejo[1]

Resumen

Este artículo se centró en el análisis de la desocupación, con la finalidad de estudiar su magnitud y distribución en las ciudades mexicanas, lo que da cuenta de algunas características importantes de los mercados laborales locales. Como fuente de información se utilizó la ENOE, en particular del segundo trimestre de 2013 y 2017. Las variables analizadas (desocupación, subocupación y PNEA) son expresiones del proceso de acumulación del capital, específicas de la apertura y competencia económica. Dichos procesos han impactado y transformado diversas dimensiones de la vida laboral, por ejemplo, en la transición entre el empleo y el desempleo, ya que con la flexibilización se desvanecieron los límites, surgiendo una amplia movilidad de la población entre un sector y otro, incluso entrando y saliendo varias veces en un año. Entre 2013 y 2017 se observa que los fenómenos que se manifiestan con mayor intensidad en los mercados laborales urbanos son el bajo promedio de años de escolaridad de la fuerza de trabajo, la desocupación de larga duración y los bajos ingresos.

Términos clave: fuerza de trabajo, desocupación, población no económicamente activa, ciudades mexicanas.

Introducción

El trabajo es un elemento ampliamente valorado en las sociedades modernas, ya sea como actividad encaminada al progreso socioeconómico o para la emancipación o liberación humana, porque contribuye a la autorrealización y, siendo utópicos, por extensión, a la realización de la sociedad. Los impactos del trabajo en los planos individual y colectivo favorecieron que se reconociera como derecho humano, el cual en México se encuentra estipulado en la Constitución Política, la cual concuerda con instrumentos internacionales (Declaración Universal de los Derechos Humanos, Pacto Internacional de Derechos Económicos y Sociales o el Protocolo de San Salvador, por mencionar algunos).[2]

Desde la década de los años ochenta, el énfasis de las políticas públicas se concentró en la atención de la pobreza, convirtiendo a las políticas de empleo en responsabilidad casi exclusiva de los agentes económicos (Pérez, 2015; Santos, 2015). Esto impactó en la generación de empleos de calidad y bien remunerados, debido a que en el contexto de integración, apertura y competencia de las economías, las firmas implementaron diversas estrategias para mantener e incrementar su rentabilidad. A nivel global se habló de una nueva división internacional del trabajo, del adelgazamiento del Estado (se le relacionaba con la ineficiencia), en tanto que en lo local, entre otros aspectos, se atestiguó la aparición de nuevos arreglos

[1] Dirección de General de Planeación en Población y Desarrollo, Secretaría General del Consejo Nacional de Población (ruben.almejo@conapo.gob.mx).

[2] De manera general, en éstos se plasman las condiciones deseables del trabajo en los planos individual y colectivo. También hacen referencia a otros derechos humanos, que por el hecho de serlo son inalienables y universales, aunque en lo cotidiano su disponibilidad depende de tener un empleo, como son la protección social, servicios de salud y acceso a instrumentos financieros.

contractuales, la adopción de nuevas formas organizativas o logísticas, así como la automatización de procesos productivos. Todo lo anterior favoreció la agudización de fenómenos como la desocupación, la subocupación y la subcontratación de las personas, dando pauta a la proliferación de puestos de trabajo sin prestaciones sociales, sueldos bajos y horarios flexibles, es decir, trabajos precarizados (Escoto y García, 2015; Pérez, 2015). A su vez esto ha orillado a las personas a desempeñar dos o más trabajos, laborar menos horas de las disponibles -con el consecuente impacto sobre sus ingresos-, trabajar desde casa, emprender pequeños negocios en su mayoría de autosubsistencia o incorporarse al sector informal de la economía, aplazar el retiro o la jubilación, y a que más miembros de la familia trabajen (jóvenes, madres de familia, etcétera).

Paradójica y simultáneamente, también se valoraron las competencias especializadas debido a su centralidad "en el proceso de creación o de añadir valor, en consecuencia, los ocupados en este tipo de tareas tienen mayores posibilidades de recorrer trayectorias laborales menos marcadas por la incertidumbre dado que disponen de un capital de calificación bien cotizado en el mercado de trabajo" (Santos, 2015: 44). No obstante, debe señalarse que las actividades que demandaban mayor especialización no se ubicaron de forma aleatoria en el territorio nacional, sino solo en algunas ciudades: en el caso mexicano destacan particularmente las de la frontera norte, las grandes metrópolis, las turísticas y algunas capitales estatales (Sobrino, 2016; Almejo y Hernández, 2016), esta distribución deja entrever cuáles han sido las regiones más dinámicas en el país.

La desocupación y la subocupación pueden entenderse como expresiones de la incapacidad del mercado laboral de generar puestos de trabajo para que todas las personas económicamente activas (PEA)[3] que así lo deseen encuentren un trabajo, incidiendo de manera directa en sus condiciones de vida (OIT, 2015), por tanto, pueden considerarse como infrautilización de la mano de obra. Además, dado que con el empleo formal se accede a otro conjunto de prestaciones o servicios, carecer de él tiene impactos de diversos significados en la vida de las personas, más allá de los ingresos. Los niveles de desocupación y subocupación también tienen expresiones particulares a escalas espaciales muy desagregadas, porque en ellas convergen e interactúan procesos locales y globales, de ahí la importancia de analizar, en la medida de la información disponible, qué está ocurriendo en las ciudades.

Este trabajo se centra en el análisis de la desocupación, la subocupación y la población no económicamente activa (PNEA) en 32 ciudades mexicanas de las que se dispone de información. El propósito fue conocer su distribución espacial en el contexto nacional, su magnitud y cambios en el corto plazo, asumiendo que, debido a la importancia de los asentamientos urbanos, lo que suceda en ellos determina el rumbo de la economía nacional. Para cumplir con el objetivo se utiliza información del II trimestre de 2013 y 2017 de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE) del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). Tanto la desocupación como la subocupación se contrastaron con índices de especialización y diversificación económica, con la finalidad de encontrar asociaciones. Es importante mencionar que este trabajo no pretende establecer relaciones de causalidad, sino solo conocer el comportamiento de algunos indicadores básicos sobre desocupación y contrastarlos con otros indicadores sobre la estructura productiva.

Además de la introducción, el artículo consta de ocho secciones. En la primera se expone la justificación e indicadores seleccionados. En la segunda se establece el marco teórico y conceptual de referencia. El tercer apartado presenta los resultados de la especialización y diversificación económica de las ciudades. En el cuarto se muestran los resultados en lo relativo a la población ocupada, dando pauta, en el quinto, al análisis de la desocupación, en el sexto, al de la subocupación y en el séptimo, al de la PNEA. Por último se exponen algunas consideraciones finales o conclusiones.

[3] Actualmente, la OIT recomienda utilizar el término "fuerza de trabajo". A lo largo de este texto, PEA o fuerza de trabajo se utilizan de manera indistinta.

Justificación e indicadores

Los temas de estudio se seleccionaron por sus relaciones con las condiciones de vida de las personas. Además, al tratarse de un derecho humano (el trabajo) debería ser suficiente (en cuanto al número de plazas y la cantidad de remuneraciones, de forma que hubiera plazas para todos los interesados y les permitiera no solo subsistir sino satisfacer todas sus necesidades). Por su parte, se utilizó la ENOE porque incluye información más detallada que la Encuesta Intercensal (INEGI, 2015) sobre el empleo, y es representativa para una ciudad por cada entidad federativa, que en la mayoría de los casos es la capital estatal (excepto Acapulco, Cancún, León, Tampico, Tijuana y Veracruz, que aparecen en lugar de sus respectivas capitales) (INEGI, 2007). De forma adicional y para detectar patrones territoriales se agrupó la información en ocho regiones[4] y tres tamaños de ciudad: más de un millón (9 urbes), 500 mil a 999 999 (16) y menos de 500 mil (7) (INEGI, 2017). Asimismo, se contrastaron los resultados con el Índice de Especialización Local (IEL) y el Índice de Diversificación Económica (IDE).

El análisis se articuló en torno a tres indicadores (véase cuadro 1). Además, y para identificar características particulares de los fenómenos estudiados, se revisaron algunos otros relacionados, por ejemplo, vinculado con la fuerza de trabajo se analizaron: la tasa de participación, la edad promedio y los años promedio de escolaridad. En lo que toca al desempleo se examinó también la tasa de desempleo alternativo y la desocupación de larga duración, como lo sugiere el PUDH-UNAM (2011) y los ingresos, distinguiendo entre bajos (2 salarios mínimos o menos) y buenos o altos (5 salarios mínimos o más). Respecto de la subocupación, se analizó: la tasa de condiciones críticas de ocupación y si se había buscado alguna ocupación adicional. Por último, en el estudio de la PNEA se distinguió entre disponible y no disponible.

Cuadro 1.
Indicadores seleccionados

Indicador	Definición	Forma de cálculo
Tasa de participación de la fuerza de trabajo	Refleja la magnitud de la oferta de mano de obra disponible en un momento dado para participar en la producción de bienes y servicios. Cuando existe suficiente representatividad en las fuentes de información es recomendable desagregarlo por sexo y grupo de edad para conocer el perfil.	Proporción de la población en edad de trabajar (15 años y más) que participa activamente en el mercado de trabajo, ya sea trabajando o buscando un empleo, con respecto a la población en edad de trabajar.
Tasa de desocupación	Mide la oferta de trabajo no utilizada en un país, región, entidad federativa o alguna otra unidad territorial. Cuando exista disponibilidad es recomendable calcularla por sexo, edad y sector de actividad, lo que permitiría identificar con mayor precisión los grupos de trabajadores y sectores más vulnerables o afectados por la desocupación.	Porcentaje de población desocupada con respecto a la población económicamente activa (ahora se le conoce como fuerza de trabajo).
Tasa de subocupación	En este indicador se consideran las personas cuyas horas de trabajo en un periodo de referencia establecido son insuficientes, por lo que estos individuos desean y están disponibles para desempeñar algún empleo alternativo.	Porcentaje de población subocupada por insuficiencia de horas con respecto a la fuerza de trabajo.

Fuente: Elaborado por CONAPO con base en la OIT (2015) y el PUDH-UNAM (2015).

[4] Las ocho regiones consideradas fueron: Centro: ZMVM, Puebla, Toluca, Cuernavaca, Tlaxcala y Pachuca; Centro-norte: León, San Luis Potosí, Aguascalientes, Querétaro y Zacatecas; Golfo: Veracruz y Villahermosa; Noreste: Monterrey; Noroeste: Hermosillo, Culiacán y La Paz; Norte: Chihuahua, Saltillo y Durango; Occidente: Guadalajara, Morelia, Tepic y Colima; Península de Yucatán: Mérida, Cancún y Campeche; y Sur: Acapulco, Tuxtla Gutiérrez y Oaxaca.

La desocupación, subocupación y la población que está fuera de la fuerza de trabajo

La desocupación se refiere a las personas que mencionan no tener un empleo u ocupación pero que desearían trabajar y que realizaron acciones de búsqueda.[5] Para interpretarla se asume que encontrarse ocupado es la situación ideal de la fuerza productiva.[6] Comúnmente es medida con la tasa de desocupación, la cual tiene la finalidad de cuantificar la oferta de trabajo no utilizada, en consecuencia, valores pequeños representan situaciones más favorables (OIT, 2015). Si bien este indicador refleja el desempeño conjunto de la economía y el mercado laboral, no es una medida del bienestar o la situación económica, puesto que poco dice de las dificultades que la fuerza de trabajo enfrenta en la consecución de empleo, es decir, no refleja las causas de las fluctuaciones entre la ocupación y la desocupación (ibídem). Debido a esto, pueden coexistir altas tasas de desocupación con otros indicadores de bienestar favorables, así como bajas tasas de ocupación y elevados indicadores de problemáticas como pobreza o desigualdad.

En el tránsito de la ocupación a la desocupación influyen la disponibilidad o no de recursos individuales, familiares o comunales, los cuales permiten a las personas sortear o seguir determinadas trayectorias laborales (unas que hacen posibles amplios periodos sin trabajar, otras que orillan a trabajar en cualquier cosa). A nivel individual, influyen el nivel de instrucción o capacitación, el origen étnico o racial, los antecedentes, el contexto socioeconómico, y, en ocasiones, hasta el sexo del individuo. Asimismo, el factor tiempo también es relevante ya que incide en la destrucción de recursos comunales, familiares y de las redes sociales (González de la Rocha, 1999), así como en las actitudes individuales en torno a la búsqueda de ofertas laborales, o en la autoadscripción de las personas a una categoría u otra; en este último tema también influyen los contratos temporales.

En lo que toca a la subocupación, la Organización Internacional del Trabajo (OIT) (2015), Pérez (2015) y Santos (2015) coinciden en que es algo negativo, ya que conlleva pérdidas tanto para la unidad de producción como para el trabajador.[7] En función de las causas la clasifican en visible e invisible; la razón visible más común resulta de desempeñar menos horas de las que los trabajadores estarían dispuestos con el propósito de alcanzar la jornada completa o ingresos suficientes (subocupación por insuficiencia de horas). La definición implica un criterio límite o umbral de horas de trabajo, el cual es establecido por cada país, así, por ejemplo, en México 40 horas semanales se consideran jornada completa, por lo que trabajar menos y manifestar la intención o disponibilidad de laborar más permite clasificar a los trabajadores dentro de la población subocupada.[8] Este tipo de subocupación es el de más fácil cuantificación y para el que se ha logrado el consenso de cómo medirlo, por lo menos en las investigaciones realizadas por la OIT.

Como subocupación invisible se consideran aquellas ocupaciones que suponen menores ingresos para los trabajadores, debido a la baja productividad, al desaprovechamiento del nivel educativo (sobrecalificación para el puesto desempeñado) o de las competencias del empleado, esto es, implican divergencias entre educación y competencias (OIT, 2015). Para medir este fenómeno no existe un indicador consensuado, ya que entraña dificultades con la informa-

[5] La medición de los distintos aspectos del mercado laboral fue posible por el establecimiento de acuerdos en su conceptualización y medición, todos ellos implican el establecimiento de un umbral de tiempo que facilite a las personas adscribirse o reconocerse como parte de una categoría u otra. De manera general puede decirse que el INEGI para la definición de la población ocupada (PO), desocupada, la PNEA, la PNEA disponible y la no, establece como periodo de referencia la semana anterior a la que fue levantado el cuestionario de la ENOE.

[6] En la definición del indicador se incluye a las "personas no ocupadas que desearían trabajar solo si declaran haber llevado a cabo actividades de búsqueda de un puesto de trabajo" (OIT, 2015: 117). La tasa de condiciones críticas de ocupación es otro indicador relacionado, se trata del porcentaje de población ocupada que trabaja menos de 35 horas a la semana por razones de mercado, más la que trabaja más de 35 horas semanales con ingresos mensuales inferiores al salario mínimo y la que labora más de 48 horas semanales, ganando hasta dos salarios mínimos (PUDH-UNAM, 2015: 17).

[7] Esta categoría no incluye a aquellos trabajadores subcalificados para las actividades que desempeñan.

[8] La definición internacional se desprende de tres criterios: i) deseaban trabajar más horas, ii) habían trabajado menos de un límite de horas, y iii) se encontraban disponibles para trabajar más horas, en función de las oportunidades de trabajo adicional que se presentaran (OIT, 2015: 116).

ción recolectada por los instrumentos de información tradicionales (censos y encuestas), ya que con ella no se pueden medir la sobrecalificación o la concordancia entre salarios o pagos y tareas desempeñadas. Otra limitante proviene de la veracidad de lo recopilado, siendo más sencillo reunir percepciones, las que si bien analizadas de forma sistemática ofrecerían información valiosa, están sujetas a sesgos, simpatías, empatías o aversiones personales.

Debido a los impactos sobre los ingresos y la productividad de la subocupación, desde 2013 es valorada como una forma de desocupación, es así que la OIT (2015) propuso el indicador "Tasa combinada de subocupación por insuficiencia de tiempo de trabajo y desocupación."[9] Esta consideración es pertinente por la dificultad en la diferenciación de las personas ocupadas de las no ocupadas, dadas las características temporales de las plazas eventuales mayoritariamente disponibles (véase apartado precedente). Además, en la categoría de desocupación podrían considerarse a sí mismas las personas que atienden sus parcelas agrícolas, las que trabajan desde casa (a destajo o en esquemas de ese tipo), las que comercian productos por catálogo, por mencionar algunos ejemplos.

En el contexto mexicano, el análisis de las cifras de desocupación y subocupación es necesario para caracterizar tendencias del funcionamiento del mercado laboral, primordialmente las relacionadas con la capacidad de un país para generar y proporcionar empleos para que todas aquellas personas que deseen trabajar puedan hacerlo. La información que proveen en conjunto es relevante para el diseño y aplicación de programas sociales de diversa índole en materia de empleo, ingresos o protección social, para promover y encauzar las acciones de los agentes económicos o el sector empresarial, así como para fortalecer las relaciones del mercado laboral con otras dimensiones de la vida, como lo es la educación, la organización y participación social en las iniciativas productivas, es decir, con la elección de las estrategias de desarrollo generales en los niveles local, regional y nacional.

[9] Porcentaje de personas en desocupación y subocupación por insuficiencia de horas de trabajo, respecto de la fuerza de trabajo. La fuerza de trabajo es la población económicamente activa.

Por su parte, la PNEA engloba a aquellos individuos de 15 y más años de edad que en la semana de referencia realizaron solo actividades no económicas (están fuera de la fuerza de trabajo). Distingue entre los disponibles y los que no lo están, con los primeros se refiere a las personas que "no estuvieron ocupadas en la semana de referencia, pero que buscaron activamente incorporarse a alguna actividad económica en algún momento del último mes transcurrido" (INEGI, 2017), es decir, que están dispuestas a encontrar un puesto de trabajo, pero que han desistido de la búsqueda; en tanto que en la segunda se encuentran quienes no están dispuestos, disponibles ni buscan un puesto laboral.[10]

La especialización económica de las ciudades analizadas

La estructura productiva se analizó con dos índices sintéticos: el de especialización local (IEL) y el de diversificación económica (IDE) (Duranton y Puga, 2000). El primero compara el peso que un sector, subsector o rama de actividad productiva tiene en la estructura local con "el peso de esa misma actividad en una estructura económica mayor, como puede ser la región o el país" (Sobrino, 2016: 24). El IDE, por su parte, permite conocer si la estructura productiva se concentra en una sola actividad o se diversifica en varias, para esto compara el peso de cada actividad en el área analizada con respecto al de un área mayor. El resultado del IDE es igual a 1 cuando la estructura en cuestión es concentrada, en tanto que valores mayores denotan mayor diversificación (Duranton y Puga, 2000).

Los resultados del IEL y del IDE son útiles para identificar ventajas comparativas, competitivas y conocer vocaciones económicas de las ciudades, dando pie al diseño de estrategias de promoción del empleo que aprovechen la base económica y productiva (la especialización económica) y, con base en ello, se promuevan encadenamientos productivos entre actores locales (provisión de insumos intermedios) para los agentes

[10] Las razones que contempla son, en el caso de los disponibles: motivos no especificados o por considerar que no tienen posibilidades de conseguir. En los que no están disponibles: quienes, pese a estar interesados en trabajar, se encuentran en un contexto que se los impide, los que no tienen interés debido a que atienden otras obligaciones, los que tienen impedimentos físicos y otras razones no especificadas.

regionales e internacionales. Por su parte, la diversificación ofrece la ventaja de reducir la dependencia de una sola rama de actividad económica, lo que permitiría sobrellevar los efectos de los ciclos o crisis económicas, y también de promover el crecimiento y desarrollo económico en función de diferentes ramas productivas que, previa elección y decisión, puedan desempeñar un rol estratégico a nivel local (Mazzucato, 2014).

Dada la utilidad del IEL y el IDE para caracterizar o conocer la estructura productiva de las ciudades, se supone que inciden en los niveles de ocupación, subocupación y desocupación de las personas, siendo estas problemáticas de menor cuantía en las ciudades con mayores niveles de especialización, así como en las que presentan estructuras productivas más diversificadas. Las primeras porque demandan mano de obra especializada y las segundas porque su estructura permite generar mayores cantidades de empleo.

Por tratarse en su mayoría de capitales estatales, las ciudades estudiadas alcanzaron algún nivel de especialización en uno o más sectores económicos.[11] Lo anterior fue resultado, entre otras cosas, de: ser la sede del gobierno estatal, tener un tamaño poblacional que permite la existencia y consolidación de mercados laborales, diversidad de usos de suelo y economías de escala para la localización de actividades productivas, comerciales, industriales o de servicios (Garza, 2003; Sobrino, 2003). Las características mencionadas propician que se desempeñen como nodos de servicios regionales.

En 2017, por su cantidad, los asentamientos estudiados tuvieron valores en el IEL que denotan especializaciones principalmente en el sector terciario,[12] destacando los subsectores: servicios sociales (25 de los 32 asentamientos estudiados registraron algún nivel de especialización), gobierno y organismos internacionales (21), lo que se explica por su condición político administrativa.[13] También resalta la especialización de 22 en servicios profesionales, financieros y corporativos, y, en mucho menor medida, en "restaurantes y servicios de alojamiento" (16), al igual que en "transportes, comunicaciones, correo y almacenamiento" (15). En lo que toca al sector industrial, once ciudades estuvieron especializadas en manufacturas y siete, en la industria extractiva y de la electricidad.

Ciudades turísticas como Cancún, Acapulco y Veracruz (Golfo y Sur del país) sobresalen en los subsectores restaurantes y servicios de alojamiento, así como en transporte, rubro en el que también estaban especializadas las metrópolis del Valle de México (ZMVM), Tampico, Querétaro, Monterrey, Toluca, Tijuana, Puebla y Saltillo (regiones Centro y Noreste) por mencionar algunas. En el subsector manufacturero: Saltillo, León, Toluca, San Luis Potosí, Tijuana, Chihuahua, Monterrey, Aguascalientes, Guadalajara, Querétaro y Puebla; en tanto que en la industria extractiva y de la electricidad se encontraban especializadas: Villahermosa, Hermosillo, La Paz, Zacatecas, Tampico, Durango y Chihuahua. Cabe señalar que en su mayoría se trata de urbes localizadas en el Centro, Occidente, Noroeste y Noreste del país. En el Sur destacan principalmente las de vocación turística.

En servicios alcanzaron especialización la mayoría de los asentamientos, con excepción, en el subsector gobierno, de Tijuana, León, Cancún y Tampico. Además, Cancún y Tijuana tampoco se especializaron en servicios sociales, siendo las dos únicas que carecían de ello. Respecto de los servicios diversos, Saltillo, San Luis Potosí, Toluca, Aguascalientes, León, Tijuana, Chihuahua, Durango y Tlaxcala fueron las urbes que no mostraron especialización local. Debe notarse que los asentamientos no especializados en estos tres subsectores sí lo estaban en manufacturas (sector industrial), lo que sugiere que los servicios tienden a ubicarse en espacios no especializados en industrias y viceversa. Sin embargo, también hubo diversos casos con especialización en ambos subsectores.

[11] Se consideraron once subsectores de actividad: i) agricultura, ganadería, silvicultura y pesca; ii) industria extractiva y de la electricidad; iii) industria manufacturera; iv) construcción; v) comercio; vi) restaurantes y servicios de alojamiento; vii) transportes, comunicaciones, correo y almacenamiento; viii) servicios profesionales, financieros y corporativos; ix) servicios sociales; x) servicios diversos; y xi) gobierno y organismos internacionales.

[12] En el IEL los grupos (sectores, subsectores, ramas de actividad económica) en los que se especializa una ciudad son aquellos en que el valor resultante es mayor que 1.0 (Sobrino, 2016). Para este trabajo se consideraron con algún nivel de especialización los iguales o mayores que 1.2, y los no especializados, los menores que 1.0.

[13] Estos se ubicaban dentro de los 25 con especialización en servicios sociales.

En total, las ciudades que registraron mayor cantidad de subsectores con especialización fueron: Villahermosa, La Paz, Tampico, Culiacán, Tampico, Veracruz y Hermosillo (entre seis y siete de los once analizados), seguidas de Campeche, Morelia, Tepic, Mérida, ZMVM, Pachuca, Chihuahua, Aguascalientes, Colima, Toluca, Querétaro, Tijuana y San Luis Potosí (cuatro y cinco), las restantes reportaron menos de esa cantidad, y de éstas, León, Saltillo y Tlaxcala se especializaron solo en dos subsectores.

Por su parte, los resultados del IDE[14] muestran que las 32 ciudades analizadas presentan estructuras productivas diversificadas (todas obtuvieron valores mayores que cinco), lo que está relacionado con las distintas funciones, equipamiento y los servicios regionales que proveen. En contraste, las que presentaron estructuras productivas más concentradas fueron: Cancún, San Luis Potosí, Toluca, Tlaxcala, Saltillo y León (con valores menores de siete). Las 27 restantes superaron este umbral, alcanzando los puntajes más altos: Hermosillo, Villahermosa, La Paz, Colima y Tampico.

La población ocupada y la fuerza de trabajo

En el segundo trimestre de 2017, la población en edad de trabajar en las ciudades analizadas[15] ascendía a 39.7 millones, de los cuales 24.1 conformaban la fuerza de trabajo.[16] En el universo de estudio, más de la mitad (13.3 millones, equivalentes a 24.5% de la nacional) residía en las tres grandes metrópolis del país (ZMVM, Guadalajara y Monterrey), lo que demuestra su importancia económica y productiva. En comparación con 2013, esta variable se incrementó en 800 mil, la mitad (409 mil) de ellos se ubicó en solo seis ciudades (las tres más grandes, más Tijuana, Toluca y Cancún); en el caso contrario, la fuerza de trabajo decreció solo en Cuernavaca y Veracruz. Por tamaño de ciudad,[17] la PEA o fuerza de trabajo registró variaciones porcentuales más amplias en las ciudades intermedias (5.1%) y en las menores de 500 mil (4.9%), empero, en términos absolutos los 23 lugares de estos dos estratos sumaron menos de la mitad (323 mil) de lo ganado en las ciudades analizadas.

A nivel regional, 18.9 millones de la fuerza de trabajo residían en las regiones Centro (11.7), Centro-norte (2.5), Noreste (2.4) y Occidente (2.6), de hecho, entre 2013 y 2017, en conjunto con el Noreste y Noroeste sumaron ocho de cada diez nuevos individuos a la PEA en el universo analizado, lo que refleja el dinamismo demográfico (crecimiento natural y social) y económico de la zona. A nivel de ciudad, este factor aumentó en mayor medida en 15: La Paz, Tampico, Chihuahua, Tijuana, Durango, Culiacán, Toluca, Pachuca, Tlaxcala, Aguascalientes, Colima, Tepic, Morelia, Cancún y Mérida. La información expuesta permite conocer en la actualidad la geografía de la mayor demanda de empleo en el país.

La mayoría (10 de 15) de los asentamientos con mayores ganancias de fuerza de trabajo también reportó los menores incrementos porcentuales de la población no económicamente activa (PNEA); en los otros cinco (Cancún, La Paz, Tijuana, Toluca y Tepic) las grandes ganancias de fuerza de trabajo ocurrieron a la par de aumentos importantes de la PNEA, situación que se explicaría por la confluencia de un gran dinamismo demográfico (atractividad, cambio demográfico, etcétera) y laboral, que, sin embargo, no ha dado cabida a todas las personas en edad de trabajar.

Por su parte, la población ocupada (PO) de México en 2017 estaba conformada por 52.2 millones, de los cuales 23.1 (44.2%) residían en las 32 urbes consideradas. En comparación con 2013, la PO aumentó en 1.3 millones de personas, cifra que es mayor al incremento de la fuerza de trabajo, lo que muestra que en el cuatrienio la creación de puestos de trabajo fue más acelerada que el crecimiento de la PEA. Asimismo, también es importante mencionar que con las fuentes de información (INEGI, 2013 y 2017) también

[14] Si la estructura productiva en el área analizada se encuentra altamente concentrada, el resultado será cercano a 1, en tanto que a mayor valor, más diversificación de la estructura productiva (Duranton y Puga, 2000).

[15] La Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos establece que la edad legal mínima para trabajar en México son 15 años.

[16] En años anteriores, a la fuerza de trabajo se le nombraba población económicamente activa (PEA) (OIT, 2015). Los 24.1 millones representan 44.5% de la población nacional.

[17] Se contemplaron tres: menos de 500 mil, 500 mil a 999 999, y un millón o más.

se aprecia una elevación de la PNEA, grupo de población que sumó 1.5 millones de habitantes y 85.9 por ciento de ellos no tenía disponibilidad para buscar o colocarse en algún puesto de trabajo, esto es, contaban con la edad (legal) para trabajar, pero no pretendían encontrar un puesto, en otras palabras, se salieron de la fuerza laboral.[18] En el 14 por ciento que manifestó la disponibilidad de encontrar empleo (aunque no había buscado), algunos habían desistido por estimar que no tenían oportunidad y otros simplemente pararon la búsqueda.

La salida de la PEA y su incorporación en la PNEA, por un lado, disminuye la competencia o demanda de puestos de trabajo y podría incrementar la relación empleo-PEA al reducir el divisor o la población de referencia. Por otro lado, este fenómeno refleja distintas problemáticas, en primer lugar, como se mencionó antes, la falta de oportunidades en el mercado laboral para que todas las personas en edad de trabajar que lo deseen encuentren un puesto. En segundo lugar, el crecimiento de la PNEA es un tema interesante de analizar. Dadas las condiciones prevalecientes en México, donde no existe (con excepción de la Ciudad de México) un seguro de desempleo, la no participación de la población en la economía podría contribuir a la desestabilización o conflictividad social vía el empobrecimiento, la obstaculización de acumulación de activos y la perpetuación de prácticas de mera subsistencia, e implicar cargas para las familias y autoridades, en las primeras porque menos recursos se tienen que dividir entre los miembros, y en las segundas porque estas personas también son sujetos de políticas y servicios públicos.

Si se consideran las ciudades, la mitad (690 mil) del incremento de la PO ocurrió en solo cinco (ZMVM, Monterrey, Guadalajara, Tijuana y Toluca, en orden descendente). En términos relativos, aunque hubo cambios en las ciudades que registraron las más amplias variaciones porcentuales, siendo las zonas metropolitanas de Cancún y La Paz las principales ganadoras (ciudades costeras), otros grandes asentamientos mostraron los crecimientos absolutos mayores (Tijuana y Toluca), ocupando los primeros puestos en términos relativos; también destacaron otras grandes como Chihuahua, Tampico y Aguascalientes. En el contexto nacional, solo Veracruz y Villahermosa redujeron su PO, lo que aunado a las reducciones en la PEA denota la problemática reciente en términos de la fuerza de trabajo.

Desde la perspectiva regional, excepto en el Sur y Golfo, en las siete regiones restantes la PO englobaba a cuando menos un millón de personas. Las que entre 2013 y 2017 presentaron mayores montos absolutos de ganancia fueron: Centro, Noreste, Noroeste y Occidente. En términos relativos sobresale también la Península de Yucatán, en gran medida por el dinamismo de las metrópolis de Cancún y Mérida. Las distintas agregaciones de la información expuesta revelan el gran protagonismo de las regiones Norte, Noreste, Occidente y Península de Yucatán en el pasado reciente y en la actualidad. Evidencias al respecto se han recopilado en trabajos con temáticas relacionadas con el empleo y el trabajo, por ejemplo, desde la perspectiva de la migración interna con estudios superiores (Almejo y Hernández, 2016) se encontró que los asentamientos urbanos de estas regiones habían resultado muy atractivos para este sector poblacional entre 2010 y 2015.

En cuanto al potencial de desarrollo (Nava *et al.*, 2014), las ciudades de estas regiones alcanzaron puntajes altos. Garrocho (2013) también las identificó cuando analizó la distribución de los sectores de uso intensivo del conocimiento, y, más recientemente, Sobrino (2016) examinó los patrones de distribución y concentración territorial de la industria en México. Asimismo, otros trabajos han dado cuenta del crecimiento que en el mediano plazo tendrán tales asentamientos. Todos los estudios mencionados coinciden en señalar la importancia que tiene para la economía del país la planeación y ordenamiento de los asentamientos humanos mencionados.

[18] La ENOE (INEGI, 2013 y 2017) considera que las razones de no disponibilidad para buscar puestos de trabajo son: con interés para trabajar, pero bajo un contexto que le impide hacerlo; sin interés por trabajar por atender otras obligaciones; y con impedimentos físicos. La PNEA disponible engloba a quienes respondieron estar disponibles para trabajar que han desistido de buscar empleo y disponibles para trabajar que no buscan empleo por suponer que no tienen posibilidades de encontrarlo.

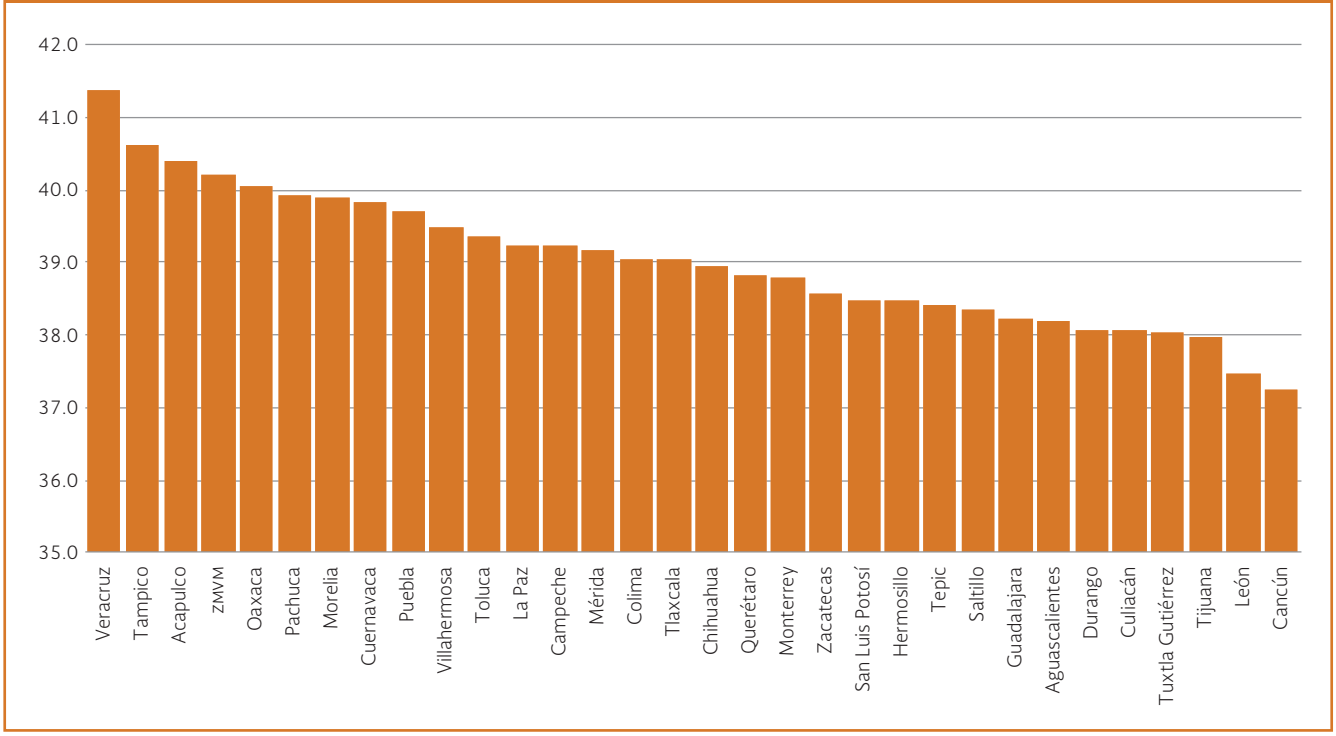
Los cambios en la desocupación, subocupación y la población que está fuera de la fuerza de trabajo en las ciudades mexicanas

La participación de la fuerza de trabajo con respecto a la población en edad de trabajar

En el segundo trimestre de 2017, la tasa de participación laboral en las ciudades fue de 60.5 por cien, cifra ligeramente superior a la registrada en el país (59.3). Por rango de tamaño, si bien la tasa no presentó grandes oscilaciones, fue mayor en los asentamientos más pequeños y menor en los que superaban el millón de habitantes. El porcentaje mínimo reportado fue de 55 en Cuernavaca y el máximo de 66.9 en Cancún, originando una amplitud de rango de 11.9 puntos, lo que denota la prevalencia de condiciones similares. Dado que la tasa fluctúa entre cero y cien, las ciudades registran puntajes medios.

Distintos factores influyen sobre la tasa de participación laboral, la edad es uno de ellos, por un lado se encuentran los más jóvenes en etapa formativa o escolar y, por otro, los adultos. Puede enunciarse la hipótesis de que la participación es menor a más temprana edad, sin embargo, la correlación (R^2: 0.3097) indica que también se reduce en grupos mayores. Esto puede estar vinculado con que tanto las personas más jóvenes, como los adultos que están en edades cercanas a la tercera edad suelen ser excluidas del mercado laboral y, en casos extremos, salirse por iniciativa propia de la fuerza de trabajo. Sobre las dificultades que enfrentan los adultos para colocarse u obtener una plaza laboral existe una extensa bibliografía y noticias en la prensa, se trata de una práctica común en el mercado laboral que conlleva algo de discriminación y desvalorización de la experiencia. Este hecho se justifica, entre otros aspectos, con la asociación de la creatividad y la innovación con la juventud, empero no siempre es el caso; también entran en juego factores como la fuerza y agilidad, el estado de salud o el establecimiento de alguna

Gráfica 1.
Ciudades analizadas. Edad promedio de la fuerza de trabajo, 2017 (II trimestre)



Fuente: Estimaciones del CONAPO con base en el INEGI (2017).

imagen corporativa que designa el aspecto físico deseado de los trabajadores. En la gráfica 1 aparece la edad promedio, Veracruz es la ciudad con mayor promedio de edad y menor tasa de participación, en tanto que Cancún es su opuesto.

También en la gráfica 1, *a priori* resalta la menor edad promedio de las ciudades con rápido crecimiento demográfico (entre 2010 y 2015, Cancún, Hermosillo, Tepic, La Paz, Zacatecas, Villahermosa, Aguascalientes y Pachuca crecieron a tasas medias anuales superiores a 2%), gran parte del cual se explica por la inmigración; sin embargo, la tasa de participación no registró una correlación alta (R^2: 0.1218) con el dinamismo demográfico. La distribución territorial de la tasa de participación muestra su menor cuantía en las ciudades sureñas, lo que estaría relacionado con la desigualdad apreciable en muchos otros fenómenos sociales, como la marginación, el potencial de desarrollo de las ciudades mexicanas y hasta con el volumen y dirección de los flujos de migración interna e internacional, por destacar algunos analizados por el CONAPO.

Escolaridad promedio de la población económicamente activa en las ciudades analizadas

Los años promedio de escolaridad de la fuerza de trabajo oscilaron entre 9.8 y 12.1. El dato menor indica la conclusión de la educación básica (primaria y secundaria), en tanto que el superior, el término del bachillerato, preparatoria o alguna formación técnica. El indicador refleja bajos niveles promedio de especialización o formación, repercutiendo en la atracción de inversiones y la organización de estrategias productivas con base local. Los resultados coinciden con lo encontrado en otros estudios (CONAPO, 2016) respecto a que en el país se han ampliado las coberturas y asistencia a la educación básica, abatiendo casi en su totalidad el analfabetismo, sin embargo, no han logrado elevar considerablemente el nivel escolar, por lo que éste sigue dando cuenta de la desigualdad regional. En la actualidad la exclusión más intensa es sufrida en el tránsito hacia la educación media superior y superior.

Se atribuye importancia a la educación por considerarla una herramienta de formación de capacidades y especializaciones rentables en el mercado laboral, propiciando trayectorias laborales más estables (Pérez, 2015; Santos, 2015). En otras palabras, mediante la educación las personas mantienen e incrementan su empleabilidad, siempre y cuando sean capaces de elegir capacitarse en aquellas ramas de actividad económica en que exista demanda de trabajo. De gran complejidad también resulta conciliar los gustos y elecciones personales sobre las profesiones u oficios y lo que el mercado de trabajo demanda.

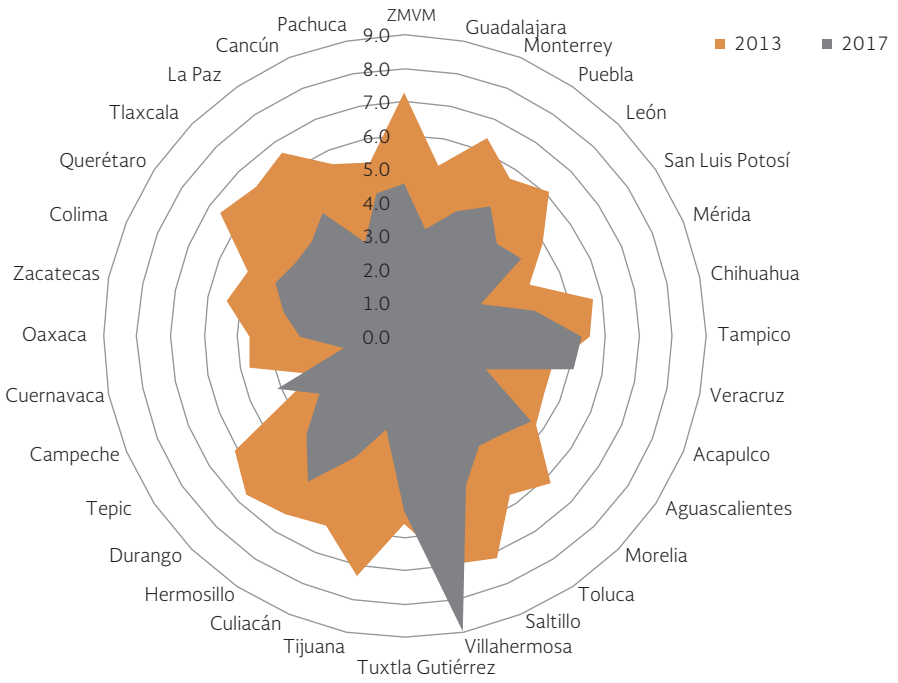
La desocupación

En el segundo trimestre de 2017, las tasas de desocupación (por cada cien) de las ciudades fluctuaron entre 9 (Villahermosa) y 1.9 (Cuernavaca). En el universo analizado, 13 asentamientos estuvieron por encima de la tasa del conjunto (4.2%) y 19, por debajo; no obstante, debe señalarse que en 29 fueron más bajas en comparación con el segundo trimestre de 2013, siendo las excepciones Villahermosa, Campeche y Veracruz (véase gráfica 2). Las que en mayor medida redujeron la tasa fueron: Tijuana, Tepic, Cuernavaca, ZMVM y Querétaro (al menos 2.7 puntos porcentuales). En el contexto regional, los datos permiten deducir que la desocupación solo se elevó en el Golfo. Es importante mencionar que, de acuerdo con los resultados del IEL, las ciudades estaban especializadas en la industria, principalmente en la extractiva y de la electricidad, pero también en servicios como: restaurantes y de alojamiento; transportes, comunicaciones, correo y almacenamiento, así como gobierno y organismos internacionales.

De acuerdo al tamaño de ciudad, el indicador no refleja grandes diferencias (la tasa fue de 4.1 –asentamientos de 500 mil a 999 999- a 4.4 en los más pequeños). Con respecto al segundo trimestre de 2013, la tasa decreció en los tres grupos de tamaño considerados, siendo la reducción mayor en las ciudades con más de un millón de habitantes.[19] De acuerdo con el IDE, si bien éstas presentaron estructuras pro-

[19] Con estimaciones de la ENOE (INEGI, 2017), las metrópolis que superaban el millón de habitantes eran la del Valle de México, Guadalajara, Monterrey, Puebla, Tijuana, León, Toluca, San Luis Potosí y Mérida.

Gráfica 2.
Ciudades analizadas. Tasa de desocupación, 2013 y 2017 (II trimestre)



Fuente: Estimaciones del CONAPO con base en el INEGI (2013 y 2017).

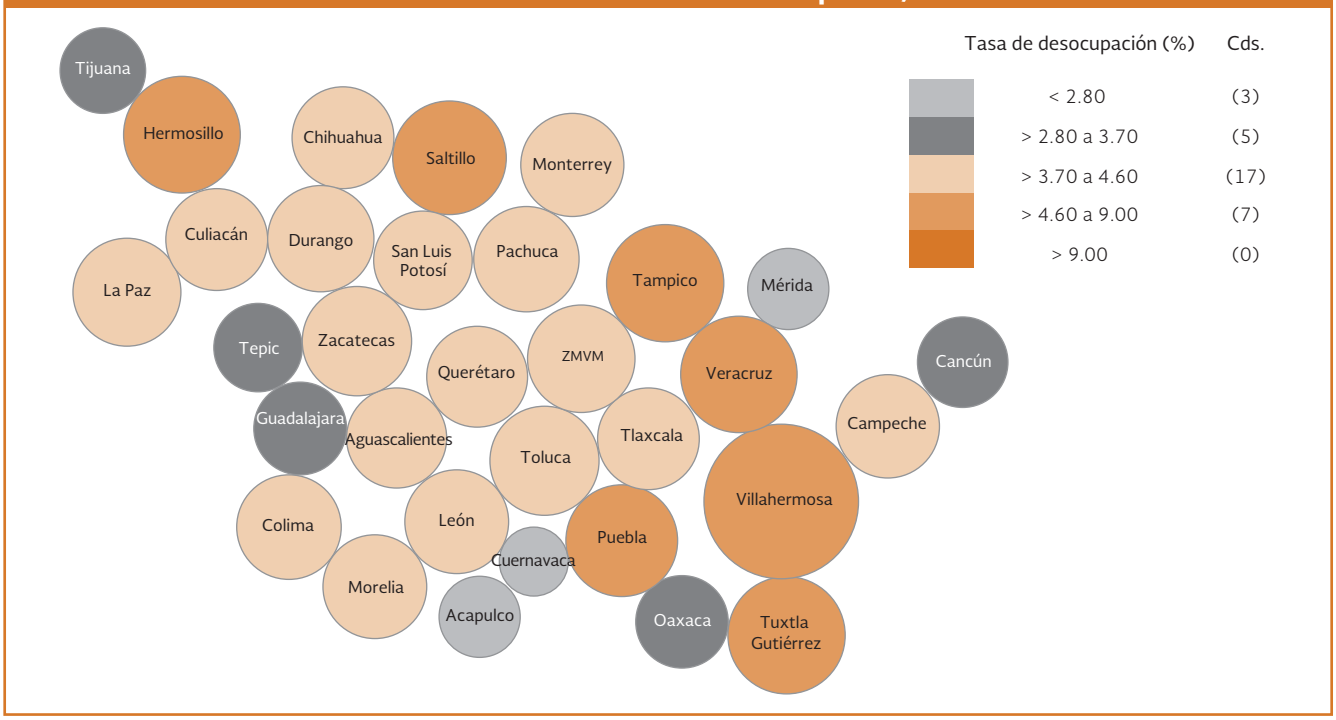
ductivas diversificadas (el índice fue de cuando menos 5.4), no estaban entre las de mayor puntaje; en contraposición, alcanzaron una gran especialización económica, en particular en la industria manufacturera y los servicios profesionales, financieros y corporativos. Esta información podría considerarse como una evidencia de las ventajas que tiene la especialización para la generación de empleo (sin ahondar en las características).

Por su parte, en 2017 la tasa de desempleo alternativo, dejando en segundo plano el notable incremento en comparación con el de desocupación (tradicional),[20] alcanzó su mayor nivel en Villahermosa y Veracruz (16.6 y 15.8%, respectivamente), denotando cierta coincidencia entre los indicadores; les siguieron Puebla, Morelia, ZMVM, Durango, Tuxtla Gutiérrez, Tlaxcala, León y Chihuahua, grupo que se caracterizó por obtener una tasa superior a la del total de ciudades analizadas. Un dato a resaltar es que entre 2013 y 2017 ocurrieron cambios importantes en los niveles de las tasas en las ciudades, dado que en el primer año para el que se estimó, la mitad de las ciudades alcanzó un ritmo mayor que el del conjunto y los valores más elevados tuvieron lugar en Morelia, Tlaxcala, Cuernavaca, Puebla, Durango, León, Villahermosa, ZMVM, Chihuahua, Tepic, por mencionar algunas. En suma, se trataba mayoritariamente de asentamientos de la región Centro y Occidente que, de acuerdo con el IDE, tenían las estructuras productivas más diversificadas del país. Si bien las ciudades del Golfo y Sur estaban colocadas en este subgrupo, no ocupaban las primeras posiciones, entonces la información sugiere que la desocupación en estas regiones se ha venido agudizando en la segunda década del siglo XXI, lo que coincide con el contexto de cambio de la industria energética extractiva (véase esquema 1).

En los años analizados, las ciudades donde la tasa de desocupación alternativa se incrementó fueron: Veracruz, Villahermosa, Campeche y Tuxtla Gutiérrez; en el extremo opuesto, las que la redujeron

[20] El incremento se debe en gran medida a la inclusión en el cálculo de la población no económicamente activa con disponibilidad para buscar trabajo.

Esquema 1.
Ciudades analizadas. Tasa de desocupación, 2017



Fuente: Estimaciones del CONAPO con base en el INEGI (2013 y 2017).

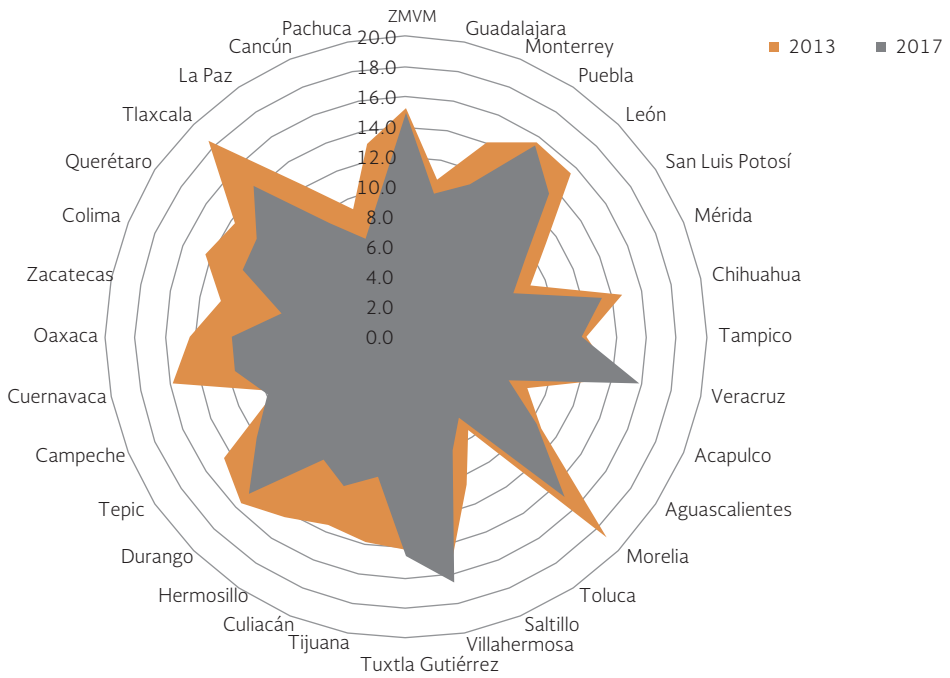
en más puntos porcentuales fueron: Hermosillo, Tijuana, Cuernavaca, Tlaxcala, Zacatecas, Morelia, Pachuca y Monterrey (véase gráfica 3). En las restantes descendió, lo que deja entrever las zonas en que mayormente se generaron puestos de trabajo en el pasado reciente.

La desocupación de larga duración

Esta categoría agrupa a las personas que no han encontrado (y buscado) un puesto de trabajo en al menos 12 meses, lo que impacta en el individuo y en su entorno inmediato, porque, entre otros aspectos, conlleva al agotamiento de recursos monetarios, financieros y hasta familiares o sociales. Largos periodos sin empleo o trabajo pueden condicionar la incorporación a la PNEA, al convencerse las personas de la inexistencia de oportunidades laborales. Otros impactos estarían relacionados con las actitudes frente a la vida desencadenadas por el desempleo, como son: apatía, desinterés, malas relaciones sociales y pensamientos de descontrol sobre el destino y de indefensión ante las circunstancias negativas, lo que afecta la organización y la participación social; debe decirse que esto también tiene consecuencias en la desigualdad y la exclusión (Wilkinson, 2005). En 2017, el porcentaje de población con desocupación de larga duración osciló entre cero y 5.8. Las siete ciudades en que no se reportó esta problemática fueron: Chihuahua, Querétaro, Aguascalientes, San Luis Potosí, Culiacán, Cuernavaca y Hermosillo. Los valores más altos se alcanzaron en: Zacatecas, Villahermosa, Acapulco, ZMVM, Durango y Veracruz (véase gráfica 4).

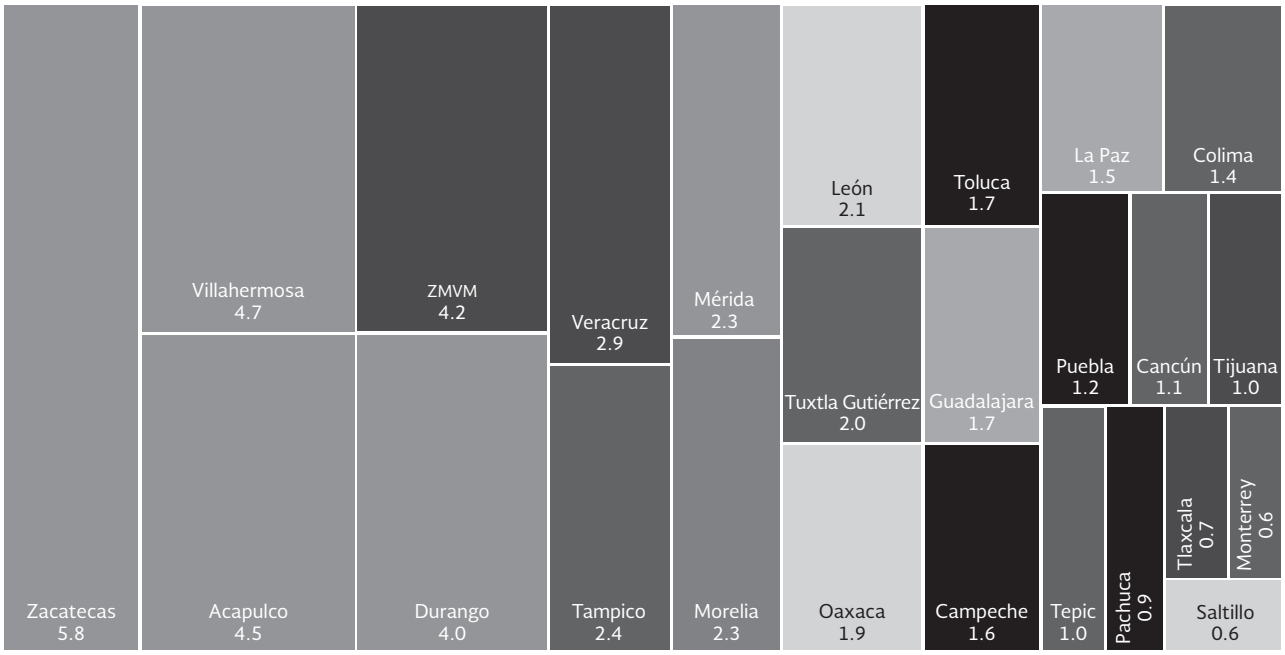
Para llegar a los niveles de 2017, el indicador tuvo cambios significativos con respecto a 2013 (véase gráfica 5), no obstante, en ambos años Zacatecas fue la ciudad que padeció la mayor proporción de desocupación de larga duración, incluso incrementándola. Asimismo, este fenómeno aumentó, puesto que en 2017 solo siete ciudades no lo padecieron (véase gráfica 5). Sin embargo, no debe dejar de mencionarse que hubo once donde el indicador menguó. Por su parte, los incrementos más notorios ocurrieron en Acapulco (4.5 puntos porcentuales), Villahermosa (3.8), Durango (3.5) y Tampico (2.4).

Gráfica 3.
Ciudades analizadas. Tasa de desocupación alternativa, 2013 y 2017 (II trimestre)



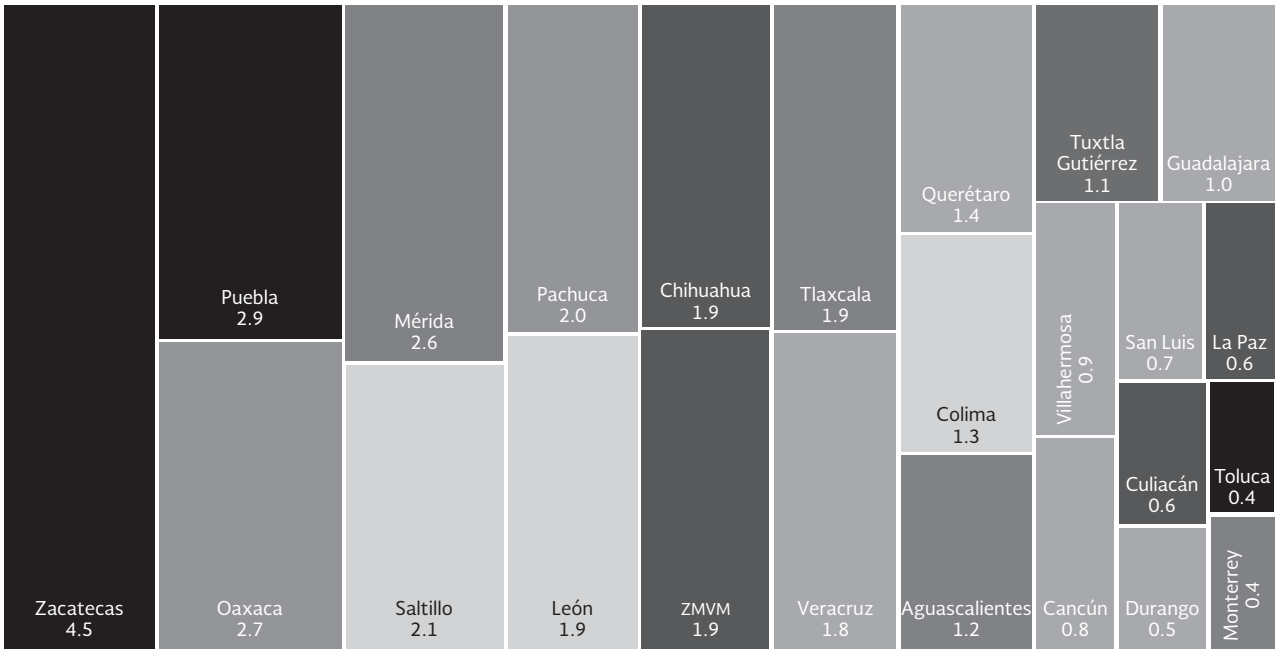
Fuente: Estimaciones del CONAPO con base en el INEGI (2013 y 2017).

Gráfica 4.
Ciudades analizadas. Porcentaje de población desocupada que ha buscado trabajo durante 12 meses o más, 2017



Fuente: Estimaciones del CONAPO con base en el INEGI (2013 y 2017).

Gráfica 5.
Ciudades analizadas. Porcentaje de población desocupada que ha buscado trabajo durante 12 meses o más, 2013



Fuente: Estimaciones del CONAPO con base en el INEGI (2013 y 2017).

A nivel regional, los porcentajes más altos de desocupación de larga duración se reportaron en las zonas Golfo, Centro y Sur; hubo varios cambios con respecto a 2013, pues en este último año el Centro del país registraba los niveles más elevados. En el Golfo y Sur del país, las mayores variaciones porcentuales en este indicador, en conjunto con el aumento de otras variables (PNEA no disponible y desocupación), deben entenderse y analizarse en el contexto de profundos cambios en la base económica regional (reforma energética), lo que ha afectado el dinamismo del mercado laboral.

Ingresos en salarios mínimos

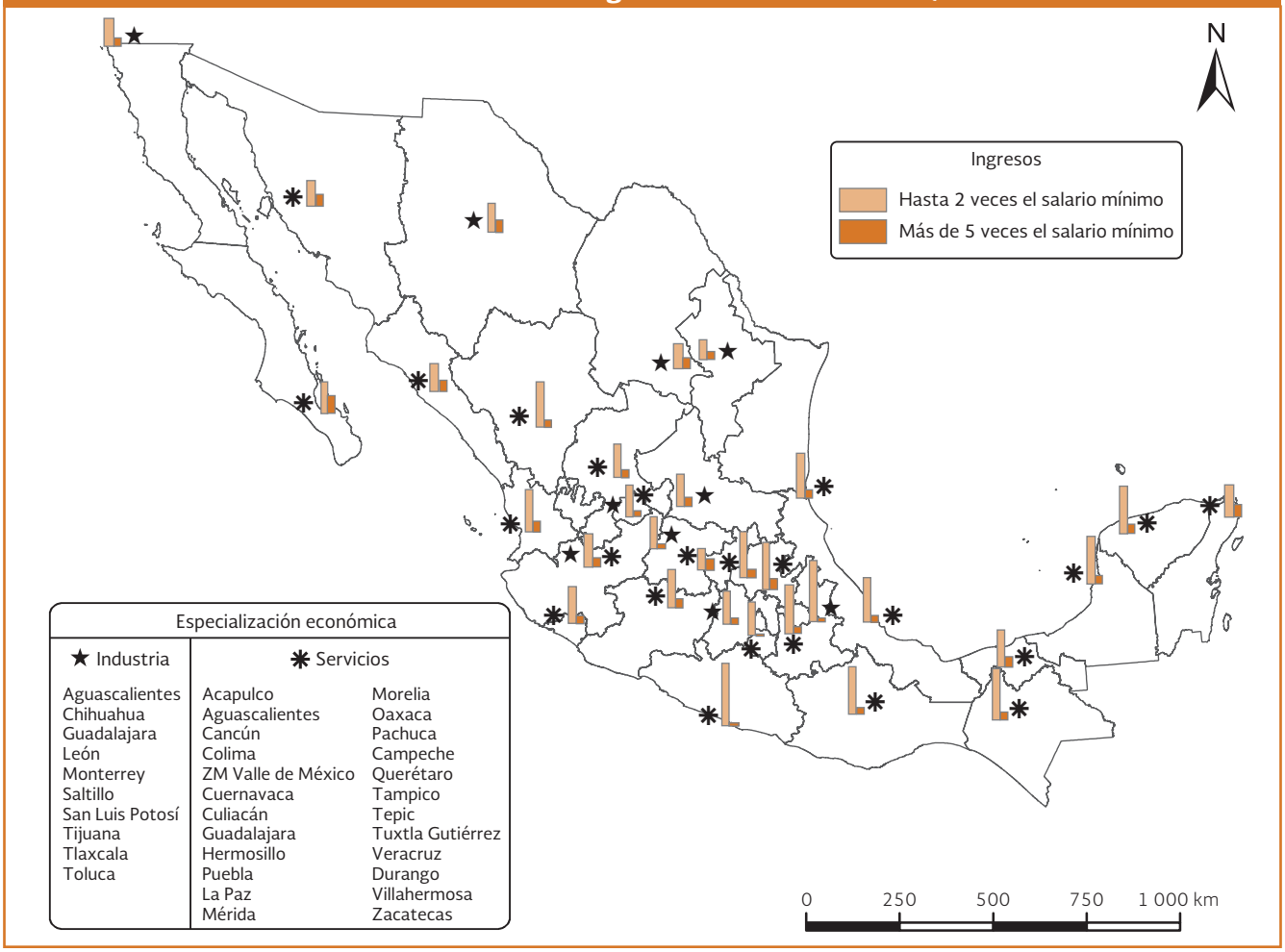
En el cuatrienio analizado se aprecia una reducción de la desocupación en las ciudades mexicanas, lo que puede atribuirse a la creación de empleos o puestos de trabajo, siendo una buena noticia en las circunstancias de marginación y desigualdad. Sin embargo, es imperativo que los puestos de trabajo generados sean decentes, de forma que posibiliten la salida de la pobreza y reduzcan la vulnerabilidad a caer en ella. A fin de conocer las características de los puestos se revisaron los niveles de ingresos en salarios mínimos (dada la creciente no respuesta en la pregunta sobre ingresos percibidos por la población),[21] análisis que fue posible porque aunque en muchas ocasiones las personas no responden sobre sus ingresos totales, sí anotan los salarios percibidos. Se consideró el porcentaje de personas que ganaban hasta dos, y de las que percibían cinco o más, encontrándose que, en 2017, el porcentaje con pocos ingresos osciló entre 56 y 17.5 (Acapulco y Monterrey, respectivamente), lo que a grandes rasgos denota la distribución territorial de esta problemática en el país: en el Sur son más comunes los bajos salarios que en el Norte.

[21] En el primer semestre de 2017, 6.9 millones de ocupados (13.2%) no reportaron sus ingresos, "la inseguridad, la informalidad y la ilegalidad son tres de las causas de este fenómeno que va a la alza y que destaca en entidades del país donde la delincuencia toma una gran cuota, lo cual da un sesgo a la información que funciona como insumo de las políticas públicas" (González, 2017).

En 2013 y 2017, la tendencia predominante fue el aumento de la población que percibía por su trabajo hasta dos salarios mínimos, y la reducción de aquella que ganaba cinco o más. A nivel regional, las poblaciones en que prevalecían los bajos ingresos fueron: Golfo, Sur, Centro y Península de Yucatán, y, coincidentemente, en estas mismas fue donde la problemática se incrementó en mayor medida, lo que es una evidencia de su agudización. Por su parte, las zonas con menor proporción de sus habitantes en estas condiciones fueron la Noreste y la Noroeste, seguidas por la Centro-Norte y Norte. Sin embargo, solo en la parte Noreste del país se redujo en el cuatrienio, en tanto que en el Noroeste permaneció prácticamente en el mismo nivel. En el resto aumentó (véase mapa 1).

A nivel de ciudad, en 15 creció el porcentaje de personas con bajos salarios por encima del valor del conjunto analizado, en doce aumentó por debajo de este parámetro y solo en cinco decreció. Las de mayor aumento, como la información por región dejó entrever, fueron: Tuxtla Gutiérrez, Veracruz, Villahermosa, Campeche, Tlaxcala, Cancún y Acapulco; del Centro del país, Pachuca, ZMVM, Puebla y Toluca; del Occidente, Morelia y Tepic, en tanto que del Norte, Chihuahua. En contraposición, en las que disminuyó la proporción, denotando mejores salarios, fueron: Monterrey, San Luis Potosí, Tijuana y Saltillo; por su parte, Culiacán y Guadalajara mantuvieron esta proporción prácticamente sin ningún cambio.

Mapa 1.
Ciudades analizadas. Los ingresos en salarios mínimos, 2017



Fuente: Estimaciones del CONAPO con base en el INEGI (2013 y 2017).

En 2017, el porcentaje de personas que ganaban cinco o más salarios fluctuó entre 16.3 (La Paz) y 1.9 (Cuernavaca). En comparación con 2013, los salarios más elevados fueron percibidos por menor porcentaje de PO. Este fenómeno se observó tanto a nivel regional, como por tamaño de ciudad y en cada asentamiento. La reducción de los salarios mayores fue tal en el país que excepto en las zonas Centro-norte y Centro ocurrió en variaciones porcentuales menores de tres puntos; con este parámetro, 19 ciudades tuvieron disminuciones mayores, y, considerando el tamaño, el indicador se redujo más en las menores de 500 mil habitantes (-4.2 puntos), en contraste también registraron el mayor aumento de los bajos (5.3).

El incremento de la población con bajos salarios y la reducción de la que recibe los mejores o más altos da cuenta del proceso de precarización experimentado por los mercados laborales. Este fenómeno tiene diversos impactos en cuestiones de empobrecimiento, agotamiento o acumulación de activos individuales y familiares, ya que la contabilización de los ingresos en salarios mínimos no considera los efectos de la inflación y la disminución del poder adquisitivo, agudizando los efectos negativos de los bajos ingresos, y que además no contribuyen a la reducción de la desigualdad. Por todo ello, es imperativo la implementación de políticas orientadas al aumento del ingreso. Como se mencionó antes, Escoto y García (2015) aportan evidencias que asocian la caída de los salarios, la desocupación y la subocupación con la apertura comercial, sin embargo, son cuidadosas al no plantear una relación lineal puesto que factores como el marco normativo e institucional contextual podrían influir. En el caso mexicano, sin embargo, los resultados de su trabajo en gran medida coinciden con los encontrados en el presente artículo, el cual constata el débil avance en las condiciones laborales que enfrentan los trabajadores.

La subocupación

Este fenómeno es una infrautilización de la mano de obra, impactando tanto en la productividad de las personas como de las empresas. En el nivel individual, la forma más visible del fenómeno (y para la que existe información en la ENOE) es la que resulta de una jornada laboral incompleta o que genera ingresos insuficientes, por lo que las personas expresan su disposición a trabajar más horas o buscar un segundo empleo (Andrina, 1998). En 2017, el monto de personas subocupadas en las 32 ciudades analizadas fue de 1.5 millones (39% de la nacional), cifra que es 6.7 por ciento menor que la de 2013.

Por su parte, la tasa de subocupación en el universo de estudio fue de 6.4, oscilando entre 14.3 y uno por ciento (Tlaxcala y Querétaro en el mismo orden),[22] lo que de acuerdo con la tendencia a la disminución mostrada por los datos nacionales constituyó una leve reducción de la brecha en comparación con 2013.[23] En el cuatrienio, el indicador solo se incrementó en tres asentamientos (Veracruz, ZMVM y Tampico), mientras que disminuyó en 40 por ciento o más en: Toluca, Mérida, Guadalajara, Hermosillo, León, Querétaro, Cuernavaca, Monterrey y Tijuana. La reducción de la subocupación en un contexto en el que también decreció la desocupación son indicadores alentadores respecto del mercado laboral, en particular si esto se logró por la migración de la subocupación a la ocupación. No obstante, éste puede no ser el caso, pues algunas personas subocupadas pudieron haberse desplazado a la PNEA, al considerar que no había oportunidades de mejora de sus condiciones laborales.

A nivel regional, en 2017 se aprecia que la subocupación solo aumentó en el Centro (18.5%), con lo que llegó a 8.2 por cada cien ocupados, esto es el valor más alto registrado. Por su parte, las zonas con menor subocupación fueron la Península de Yucatán, el Noroeste y el Noreste (menos de 5% en cada una), resultado que alcanzaron después de reducir la tasa en cuando menos 35 por ciento. Este hecho refleja el buen momento en términos laborales del cuatrienio, aunque no debe perderse de vista que también presentaron incrementos de cuando menos 12 por ciento de la PNEA no disponible.

[22] A Tlaxcala le siguieron Oaxaca (11.3%), La Paz (11.1), Tepic (10.5), ZMVM (8.9), Tampico (8.6), Pachuca (8.5), Villahermosa (8.1), Zacatecas (8.1), Veracruz (6.9) y Culiacán (6.7). Todas estas ciudades registraron una tasa de subocupación superior a la alcanzada por el conjunto analizado.

[23] Los valores extremos eran 1.8 y 15.4 (Querétaro y La Paz, respectivamente).

La gran mayoría de los subocupados no buscó algún trabajo adicional (al menos 76% a nivel de ciudad, 78.1 a nivel de región y 85 según tamaño), lo que podría ser resultado y a la vez contribuir al desarrollo de actitudes negativas sobre el futuro laboral: frustración, estrés, sentimientos de descontrol de la vida, depresión, constituyendo un problema de salud pública, de estabilidad y conflictividad social. Además, debe decirse que esta proporción creció en la mayoría de las ciudades (21). Entre los que sí buscaron un puesto de trabajo adicional, el porcentaje más alto se registró en la Península de Yucatán, pues prácticamente una de cada cinco personas subocupadas buscó, en tanto que en el Golfo solo lo hizo 8.2 por ciento. A nivel de ciudad, en Mérida una mayor proporción buscó una ocupación adicional (una de cada cuatro), y en Durango, Campeche, Zacatecas, Cancún y La Paz (una de cada cinco).

Con todo lo anterior, la tasa de condiciones críticas de ocupación osciló entre 19.9 (Acapulco) y 3.6 (Monterrey). Al valor más elevado le siguieron Tlaxcala, Tuxtla Gutiérrez, Oaxaca, ZMVM, Pachuca, Puebla, Campeche, Veracruz, Villahermosa, Mérida, Durango y Tampico (con tasas entre 10 y 19.8%), lo que da cuenta de que se trata de un fenómeno que es más intenso en el Centro, Sur, Golfo y en la Península de Yucatán. Esto es, zonas especializadas económicamente (IEL) en subsectores en plena restructuración (industria extractiva) o que generan empleos temporales (turismo).

Ya antes se mencionó que los cambios en el modo de producción y acumulación del capital difuminaron los límites entre las categorías analíticas del mercado laboral, por ejemplo, desaparecieron las dicotomías entre trabajo formal e informal, ocupación, subocupación y desocupación, población asalariada precarizada y no, ya que incluso dentro de ellas existen segmentaciones. De esta forma, tanto en los subcontratados como en los subocupados se distinguen grupos cuyas condiciones de contratación son prácticamente iguales a las de los empleados formales o con sueldos elevados; en esta situación por lo general se encuentran personas altamente calificadas. En tales circunstancias la subocupación se define desde la perspectiva de la temporalidad de los contratos (duración total y horas trabajadas por semana), tareas que no corresponden con el nivel de educativo o debido a la carencia de prestaciones sociales cuyo acceso está en función del empleo, como son: la seguridad social, ahorro para el retiro, vivienda o vacaciones pagadas, por mencionar algunas.

La población no económicamente activa

Como se dijo antes, la PNEA se incrementó de manera notable en el lapso estudiado, lo que incide en otros indicadores de empleo básicos, es el caso específico de la razón empleo-población y la demanda de puestos de trabajo. En el segundo trimestre de 2017 existe una diferencia absoluta de 1.5 millones en la PNEA en comparación con 2013, con este aumento sumaron 15.8 millones de personas en el conjunto de asentamientos analizados, esto es, 42.4 por ciento del total nacional. Por efectos del tamaño, los mayores montos absolutos residían en las grandes metrópolis (ZMVM, Monterrey, Guadalajara, Puebla, Tijuana, Toluca y León); asimismo, este subconjunto presentó los incrementos absolutos de mayor cuantía, no obstante que en todas aumentó este grupo poblacional. En términos relativos destacaron por el crecimiento de la PNEA ciudades como Cancún, Cuernavaca, Querétaro, La Paz, Veracruz, San Luis Potosí, entre otras.

Al diferenciarla entre disponible y no, se aprecia que la enorme mayoría se considera no disponible. A nivel de ciudad, al menos el 79.2 por ciento declaró estar en esta circunstancia, otro dato importante fue que en las 16 en que descendió la PNEA disponible se elevó la que no lo estaba, en 14 de las restantes crecieron ambos subgrupos y solo en Chihuahua y Durango aumentó el grupo de disponibles y se redujo el de los no disponibles. Al agrupar los datos por tamaño de ciudad, se observa que en los dos estratos de menor tamaño disminuyeron los disponibles y se incrementaron los que no estaban en esa posición. En tanto que en las metrópolis más grandes aumentaron los dos subgrupos.

Entre los disponibles, cuando menos 91.7 por ciento en cada ciudad había dejado de buscar empleo por estimar que no tenía posibilidades, mientras que entre quienes no estaban disponibles (el dato menor fue 73.4%) adujeron que su situación se debía a la

atención de otras obligaciones. Esto último sugiere la existencia de estrategias a nivel del hogar o la familia, que permiten a algunos de los miembros estar en la desocupación a cambio de la realización de otros trabajos o de asumir otro tipo de responsabilidades, como los cuidados o la atención del hogar. Algunas consecuencias de este tipo de acuerdos son, por un lado, la presión sobre los miembros activos para allegarse de recursos que hagan viables y sostenibles en el tiempo estos acuerdos (González de la Rocha, 1999); otra es que limita el ahorro y la acumulación de activos, es decir, si se trata de hogares pobres les es más difícil escapar de esta situación.

Con la coincidencia entre los datos expuestos en las secciones anteriores puede plantearse la hipótesis de la existencia en una parte de la población de una especie de trayectoria desde la subocupación hasta la no disponibilidad, pasando por la desocupación, la desocupación de larga duración y la disponibilidad. En este proceso las personas en edad de trabajar se convencen de la falta de oportunidades, condicionando su salida de la fuerza de trabajo. En cada estadio aparecen actitudes individuales caracterizadas por la apatía, el desinterés y al agotamiento o empeoramiento de las relaciones sociales. Por otro lado, el aumento de los dos subgrupos conformantes de la PNEA estaría explicado por la estrechez de los mercados laborales urbanos, lo que podría propiciar el incremento de la conflictividad y la perpetuación de la desigualdad social.

Conclusiones

Entre 2013 y 2017, de las características analizadas las más intensas en los mercados laborales urbanos son el bajo promedio de años de escolaridad de la fuerza de trabajo, la desocupación de larga duración y los bajos ingresos. Éstos son expresiones de las políticas económicas que han incidido en el mercado laboral, aumentando fenómenos como la subocupación, la subcontratación y la salida de la población en edad de trabajar de la fuerza de trabajo. Asimismo, se han difuminado las diferencias entre subocupación, desocupación y el empleo formal e informal. En el primer caso, porque con la predominancia de los contratos temporales se dificulta la distinción entre personas empleadas y desempleadas, y porque una misma persona puede tener tres o cuatro empleos diferentes en un mismo año. En el segundo aspecto, porque el empleo formal tiende a parecerse al informal, en el sentido de que ofrece mucho menos prestaciones en comparación con décadas pasadas.

Respecto del número de años del nivel de escolaridad de la PEA o fuerza de trabajo, se encontró que éste fue bajo, en los casos más elevados indicaba que las personas concluían la preparatoria, bachillerato o formación técnica, en tanto que la población de las ciudades con promedios más desalentadores había concluido solo la secundaria. Esta situación, por un lado, refleja los grandes avances en cobertura y asistencia de la educación básica, por lo menos en el ámbito urbano, aunque también denotan que la exclusión más intensa en la actualidad se registra en el ingreso al nivel medio superior y superior.

Por otra parte, en lo relacionado con el mercado laboral queda claro que la calificación de la mano de obra incide en las inversiones que se atraen y los proyectos productivos que deriven, pero también que, paradójicamente, la oferta de trabajo disponible incide en que grandes volúmenes de profesionistas no encuentren un puesto acorde con su formación o especialización. En este sentido, deben realizarse esfuerzos adicionales para concertar las políticas educativas y laborales, y también las elecciones personales sobre las profesiones.

En cuanto a los ingresos, la información sugiere su reducción en el cuatrienio, lo que se constató con la mayor proporción de personas que percibían dos salarios o menos y con la disminución de aquellas que ganaban cinco o más. Éste es un tema importante por sus relaciones con la desigualdad y también con la valoración que las personas hacen de las oportunidades laborales disponibles en el mercado laboral, lo que podría influir en su decisión de salirse de la fuerza de trabajo. En otro orden de ideas, el incremento de los ingresos se encuentra estrechamente vinculado con políticas de planeación y desarrollo amplias, en las que de modo estratégico se seleccionen actividades productivas a fomentar y con base en ello se detonen procesos de empleo y desarrollo urbano.

A nivel regional se aprecia una agudización de las problemáticas relacionadas con el empleo en las ciudades del Golfo, especializadas en industria extractiva y de la electricidad, y también en las del Sur del país, las cuales registraron mayores especializaciones en servicios, principalmente sociales, de gobierno y otros. Asimismo, fueron notorios los mejores desempeños de las ciudades con más de un millón de habitantes y con una base económica especializada, en particular destacaron las de vocaciones en el subsector manufacturas y en el de servicios profesionales, financieros y corporativos. Sin embargo, debe mencionarse que en este trabajo no se profundizó en las características de la oferta de empleos.

Es sintomático de la situación de los mercados laborales urbanos que, por un lado, se redujeran las tasas de desocupación y de desocupación alternativa, y, por otro, crecieran el desempleo de larga duración y la PNEA no disponible. El incremento de este factor fue acuciante en las ciudades más grandes, sus efectos fueron tales que entre 2013 y 2017 se redujo la tasa de participación, es decir, una menor proporción de la población en edad de trabajar (15 a 65 años) no formaba parte de la población económicamente activa, pero también aumentó ligeramente la relación empleo-población, ya que una PNEA más grande modifica el tamaño del divisor, es decir, la PEA. El incremento de la población no económicamente activa es un tema de análisis fundamental, dado que en México no se cuenta con seguro de desempleo o ingreso universal, por consiguiente, este fenómeno puede estar reflejando procesos de empobrecimiento y de potenciales amenazas a la estabilidad política y social.

En el cuatrienio, se redujeron la subocupación y la desocupación, lo que es alentador, sin embargo, un aspecto a analizar con mayor detalle es si esto se explica no solo por el incremento de la ocupación resultante de la disminución de la subocupación, aunque también puede suponerse que algunas personas subocupadas se desplazaron a la PNEA, al considerar que no había oportunidades de mejora de sus condiciones laborales.

La atención de la desocupación y la subocupación requieren del dinamismo de la estructura productiva, lo que a su vez requiere de mayor inversión. Ésta no tiene que ser exclusivamente extranjera, pues la evidencia muestra que no llega a todos los rincones del país, por lo que la alternativa es movilizar la inversión pública y privada nacional para atenuar los desequilibrios regionales y generar empleo formal, digno y suficiente. A la par, son necesarias mejoras en el marco normativo, institucional y en los apoyos para las empresas nacionales con la finalidad de fortalecer los encadenamientos productivos.

Bibliografía y fuentes consultadas

Almejo, Rubén y Aldo Hernández (2016), "La migración interna de la población con estudios superiores en México, 2010-2015," en CONAPO, *La situación demográfica de México 2016*, México.

Andrina, Laurie (1998), *Informe I: la medición del subempleo, Decimosexta Conferencia Internacional de Estadísticas del Trabajo*, OIT. Disponible en línea: http://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/---dgreports/---stat/documents/meetingdocument/wcms_088365.pdf (consultado el 25 de mayo de 2017).

CONAPO [Consejo Nacional de Población] (2016), *Índice de marginación por entidad federativa y municipio, 2015*, México.

Duranton, Gilles y Diego Puga (2000), "Diversity and specialisation in cities: why, where and when does it matter?", en *Urban Studies Journal*, vol. 37, núm. 3, Glasgow, pp. 533-555.

Escoto, Ana y Brígida García (2015), "Condiciones laborales y comercio exterior", en Dídimo Castillo *et al.* (coord.), *Trabajo global y desigualdades en el mercado laboral*, Universidad Autónoma del Estado de México, México, pp. 91-134.

Garrocho, Carlos (2013), *Dinámica de las ciudades en el siglo XXI: cinco vectores clave para el desarrollo sostenible*, UNFPA, El Colegio Mexiquense y CONAPO, México.

Garza, Gustavo (2003), *La urbanización de México en el siglo XX*, El Colegio de México.

González, Ixel (2017), "Menos trabajadores dicen cuánto ganan y ésta es la razón", en *El Financiero, Economía*. Disponible en línea: http://www.elfinanciero.com.mx/economia/menos-traba-

jadores-dicen-cuanto-ganan-y-esta-es-la-razon.html#.We4jlc177Uw.facebook (publicado el 22 de octubre de 2017).

González de la Rocha, Mercedes (1999), "La reciprocidad amenazada, un costo más de la pobreza urbana", en *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, núm. 9.

INEGI [Instituto Nacional de Estadística y Geografía] (2007), Marco Nacional de Viviendas 2002. Conformación de las ciudades autorrepresentadas y áreas urbanas, Aguascalientes.

_____ (2013), Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo [ENOE], II Trimestre, México. Disponible en línea: http://www.beta.inegi.org.mx/proyectos/enchogares/regulares/enoe/ (consultado el 31 de Agosto de 2017).

_____ (2015), Encuesta Intercensal, México. Disponible en línea: http://www.beta.inegi.org.mx/proyectos/enchogares/especiales/intercensal/default.html

_____ (2017), ENOE, II Trimestre. Disponible en línea: http://www.beta.inegi.org.mx/proyectos/enchogares/regulares/enoe/ (consultado el 30 de septiembre de 2017).

Mazzucato, Mariana (2014), *The entrepeneurial state, debunking public vs private sector myths*, Anthem Press, London.

Nava, Emelina *et al.* (2014), *El potencial de desarrollo de las ciudades de México,* CONAPO, México.

OIT [Organización Internacional del Trabajo] (2015), *Indicadores clave del mercado de trabajo,* novena edición, Ginebra.

Pérez, Juan Pablo (2015), "Globalización y relaciones asalariadas en América Latina. Entre la generalización de la precariedad y la utopía de la empleabilidad", en Dídimo Castillo *et al.* (coord.), *Trabajo global y desigualdades en el mercado laboral,* Universidad Autónoma del Estado de México, México, pp. 19-40.

PUDH-UNAM [Programa Universitario de Derechos Humanos] (2015), *Bases técnico metodológicas para el informe de México al Protocolo de San Salvador, Derecho al trabajo*, UNAM, México.

Santos, Luis (2015), "Teoría sociológica y trayectorias profesionales: nociones para el análisis del mercado de trabajo de América Latina", en Dídimo Castillo *et al.* (coords.), *Trabajo global y desigualdades en el mercado laboral*, Universidad Autónoma del Estado de México, México, pp. 41-60.

Sobrino, Jaime (2003), "Delimitación de las zonas metropolitanas de México en 2000", en CONAPO, SEDESOL, INEGI e Instituto de Geografía (UNAM), *La delimitación de zonas metropolitanas 2003*, México, pp. 121-151.

_____ (2016), "Localización industrial y concentración geográfica en México", en *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 31, núm. 1 (91), El Colegio de México, México, pp. 9-56.

Wilkinson, Richard (2005), *The impact of inequality: how to make sick societies healthier*, The New Press, New York.